

## La pandemia como “signo de los tiempos”

ADRIÁN SOSA

**A** ningún creyente le puede resultar novedosa la idea de que la enfermedad haya sido en toda la Historia Sagrada un momento y un lugar privilegiado para el encuentro con Dios. Dan testimonio de ello no solo las leyes de pureza exigidas en el Levítico, o los relatos de curación en los que intervienen los profetas (cf. Ex 23, 25; Lv 22; 1 Re 17, 17-25), sino sobre todo el lugar central que ocupó la enfermedad humana en el ministerio de Jesús, por medio de la cual realizó la mayoría de sus milagros.

Teniendo esto presente, cabe indicar que en estos tiempos convulsos que nos han tocado vivir, no podemos elaborar una teología desencarnada que ignore la voz de Dios en medio de la pandemia causada por la enfermedad del coronavirus; por el contrario, debemos hacer una lectura de los «signos de los tiempos» (cf. Lc 12, 54-59), como ya se hizo tiempo después de las plagas del Antiguo Testamento, en donde el Pueblo de la Alianza descubrió que el centro del mensaje divino era, en definitiva, su deseo de liberación y salvación. Liberación y salvación que, si bien por aquel entonces estaba dirigida prioritariamente al pueblo de Israel, entonces destinatario de las promesas de la Alianza, ahora nos interpela directamente a nosotros como Iglesia de Cristo, es decir, como herederos directos de la Historia de la Salvación.

Aceptado lo anterior, notamos que los seres humanos somos filosóficos por esencia, es decir, nos cuestionamos lo que nos rodea porque estamos dotados de juicio. Por eso, como sociedad humana han surgido todo tipo de teorías acerca tanto de las causas como de las consecuencias de la actual pandemia. Las propuestas más heterodoxas hablan de «nuevo orden mundial»,

planes macroeconómicos, ensayos de guerra bioquímica... y, por otro lado, las más suaves, aluden a un reajuste de la biosfera para coger un respiro y a una oportunidad nueva y casi última para empezar a respetar más la naturaleza. Con todo, dichas lecturas no dejan de ser superficiales, y los que nos situamos en este mundo como creyentes tenemos el deber de ir un poco más lejos.

Una lectura creyente de la actual situación nos hace ver, ya desde un primer momento, que nos encontramos en una situación totalmente nueva para todos, a la vez que inesperada. Se cumple, una vez más, el refrán popular de «Dios escribe recto en renglones torcidos». Esto nos lleva ahora a cuestionar todo lo que somos, de forma similar que la enfermedad lo ha hecho con todos nuestros criterios pretéritos.

Debemos repensar nuestro ser en el mundo y, unido a ello, nuestro obrar. Un obrar en el que ahora se nos restringe el contacto físico, por el cual nos distinguíamos y por el cual se distinguía el mismo Jesús. La pregunta ahora para todos es: ¿Qué hubiese sido de Jesús sin el contacto físico? Que es lo mismo que preguntarnos ahora, como enviados por Él que somos: ¿cómo puede plasmarse una Iglesia en salida, si por el momento esta salida no puede ser igual que antes? ¿Es que ahora la salvación va a ser manifestada solo virtualmente? Hasta ahora son solo preguntas, pero descansando en la promesa de Jesús (cf. Jn 14, 26) sabemos que el Espíritu Santo nos irá ayudando a encontrar más y mejores respuestas cada vez.

A nivel personal me ha tocado vivir esta situación crítica como capellán de hospital, una perspectiva privilegiada como sacerdote y hombre de fe. He sido testigo de cómo la pandemia ha sacado lo peor de nosotros (miedos, egoísmos, luchas...), pero en paralelo también lo mejor, lo cual se puede resumir como la gran capacidad humana para el sacrificio por «los otros», hasta el punto de dar literalmente la vida. Una vida, la humana, que se ha visto tambaleada por un virus microscópico, pero que afortunadamente también ha despertado de su letargo espiritual a bastantes personas.

Cuando la ciencia ha demostrado que no comparte los atributos que asociamos a la divinidad (omnisciencia, omnipresencia y omnipotencia), el ser profundo de los seres humanos se ha visto obligado a lanzar la caña un poco más lejos en la cuestión del sentido y la finalidad de esta vida. En ello, y como sacerdote, he tenido la oportunidad de entrar en temas de diálogo y de acompañamiento espiritual con personas que se mostraban indiferentes a la vida espiritual en el tiempo precedente al Covid-19. Todo esto me ha hecho ver

la importancia de la «Esperanza», virtud teologal que muchas veces queda relegada en nuestra reflexión teológica en favor de la Fe; también me ha hecho descubrir que si bien estamos humanamente frustrados en nuestros deseos como Iglesia en salida por lo expuesto anteriormente, Dios es capaz de abrir siempre nuevos caminos para hacer llegar su Evangelio a este mundo tan sediento de su presencia amorosa y salvífica (cf. Ap. 21, 15).

En personas con algo más de recorrido espiritual, he contemplado también la fuerza vivificante de los sacramentos. Y es que, si bien el proceso biológico no va siempre acompañado del espiritual en la enfermedad, he visto cómo el sacramento de la Unción de Enfermos busca reequilibrar ambas esferas de modo que la lucha en una de ellas redunde en beneficio de la otra. Por otra parte, la devoción tributada a la Eucaristía por fieles creyentes, ampliada aún más en estos tiempos por el difícil acceso a ella, me ha hecho adorarla aún más si cabe, reconociendo que está en el centro de la Iglesia y de nuestra Fe.

Termino esta pequeña reflexión con unas palabras del Santo Padre en la histórica Bendición «Urbi et Orbe» de marzo pasado: *«No nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: No tengáis miedo, y nosotros junto con Pedro, descargamos en ti todo nuestro agobio, porque sabemos que tú nos cuidas»*. Que aprovechemos esta «plaga moderna» para que la Pascua, en este paso actual y novedoso de Dios, siga llegando a todos los corazones posibles.